

VACACIÓN Y VACACIONES

Queridos diocesanos:

Estamos en el mes de julio. Nuestra “*Hoja diocesana*” se tomará un respiro en agosto. Pero permanecen preocupaciones y responsabilidades que relativizan incluso las bien ganadas vacaciones. Por eso es necesaria, al menos, una pausa o ralentización en la ocupación habitual y esto suele estar al alcance de muchas personas. Disfrutar del oportuno descanso constituye incluso un derecho laboral, pero pienso también en aquellas personas o familias que, al carecer de un trabajo más o menos estable, están en paro forzoso.

En la Biblia no se mencionan las vacaciones, aunque en el Evangelio encontramos una encantadora escena en la que el Señor invita a sus discípulos a retirarse a un lugar desierto para “*descansar un poco, porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer.*” (Mc 6,30-31). Incluso en el relato de la creación, Dios mismo, al llegar el séptimo día, descansó (cf. Gn 2,2). El descanso, el reposo -esta palabra significa “*hacer una pausa*” y “*dejar en reposo*”- es necesario desde el punto de vista biológico. Por otra parte, la palabra “*vacación*” viene del latín “*vacare*”, que quiere decir dejar las actividades normales para concentrarse en algo diferente. La vacación o las vacaciones, por tanto, no deben concebirse como una fuga, una alienación, un escaparse como a veces se dice, y menos aún un “*perder el norte*” en la propia vida.

De ahí que las vacaciones, sobre la base del descanso físico, permiten ocuparse en actividades de carácter lúdico o contemplativo, por ejemplo. Disfrutar de la naturaleza, leer, escuchar música, gozar de la compañía de los seres queridos y de las amistades, conocer lugares, monumentos y obras de arte, visitar un santuario, entrar dentro de sí y rezar, procurar silencio o sosiego, son modos de disfrutar de las vacaciones. Por eso no creo lo sean el viajar desplazándose en coche a toda velocidad, el divertirse de manera desordenada, el gastar energías o quemar el tiempo sin objeto.

Personalmente me ha llamado la atención el modo como el papa Francisco ha organizado en los últimos años sus “*vacaciones*”. Entrecomillo la palabra porque esas vacaciones lo son “*al estilo Francisco*”. Como se sabe, el Santo Padre reduce la actividad pública aunque sigue trabajando en su apartamento, levantándose a la misma hora de siempre y teniendo más tiempo para la oración y la lectura, recibiendo algunas visitas, suspendiendo la Misa con grupos y omitiendo las grandes audiencias, aunque los domingos se asome a la ventana del apartamento vaticano para rezar el ángelus y saludar a los fieles, etc. En los años pasados ha hecho también algún viaje en pleno verano, por ejemplo, a la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia o a algún lugar en Italia. La célebre villa de Castelgandolfo, lugar de veraneo de sus predecesores, se va a convertir en museo.

Alguno pensará que un verano como he apuntado antes ha de ser muy aburrido. Yo no lo creo, aunque reconozco también que ese modelo, tal-cual, no es para todos. Pienso que quien busca a Dios y quiere hacer el bien, necesita descansar como cualquier otra persona. Pero sus ideales de vida le llevan a no distraerse ni en el trabajo ni el descanso, y a no alejarse demasiado de lo que da sentido a lo que hace. Sinceramente, creo que no hay recetas universales para disfrutar de unas buenas vacaciones integrales. Pero sí hay actitudes y modos de conducirse que lo facilitan. Con mis mejores deseos para todos de unas felices y provechosas... vacaciones:

+ Julián, Obispo de León